

# 1

Es una tarde de otoño. Podría pensar, o tal vez escribir, «una tarde gris de otoño», pero el adjetivo me resulta anodino.

Detrás de la ventana se oyen voces discretas, murmullos encendidos. Ha empezado a llover. A lo lejos observo un paraguas oscuro que se lleva a una niña de la mano. Hay un charco en el suelo que parece un agujero de luz.

Son las siete de la tarde y estoy a punto de rasgar el sobre que hay dentro de ese viejo cofrecillo. Sin embargo, me detengo. No me decido a levantar su tapa, lo dejo otra vez encima de la mesa y continúo viendo fotografías.

El sobre no tiene nada de extraordinario. Es un sobre común, cerrado con esas tiras estrechas de papel que se desprenden con facilidad y que, al quitarlas, dejan al descubierto una línea engominada para pegar la solapa. Con tinta azul de pluma estilográfica aparecen escritos mi nombre y apellidos, también mi dirección. Dentro de un paréntesis muy corto apenas cabe la denominación de la provincia. No reconozco la letra. Pero, al leer el remite, he recibido un fognazo que aún me deslumbra: *MFS*.

El cartero me lo ha traído esta mañana. Después he visto cómo se marchaba en su bicicleta, pedaleando a través de la vereda y esquivando las piedras.

No he sido capaz de abrirlo y lo he guardado en el cofrecillo que me regaló mi madre. Éste, hasta ahora, ha permanecido todo el día en su espacio acostumbrado, delante de una larga fila de libros antiguos. También colecciono libros antiguos porque me gustan sus empaques, sus olores robustos, y porque en sus hojas amarillentas se ha estacionado el tiempo.

La llegada de ese sobre ha removido mis recuerdos: se me vienen a la memoria sensaciones en forma de perfumes, sensaciones cromáticas, sensaciones inverosímiles que mi torpeza descriptiva no es capaz de representar sino con flaqueza.

He estado todo el día revolviendo fotografías, destapando cajas, rebuscando, deteniéndome en ellas a cada paso. Pero no he encontrado la que quería. No sé qué he hecho con esa foto. Hace mucho que le he perdido la pista. Un día la saqué de mi cartera para que no se me estropeara y la puse con las otras. Debería haberla enmarcado entonces.

La urgencia, sin embargo, me resulta ahora menos determinante que el pasado. Éste es un estrecho sendero que se extravía en la memoria. Me recreo en las imágenes como un paseante que se detiene a contemplar tranquilamente el paisaje.

Recuerdos y fotografías se me confunden en una idéntica sustancia.

En 1977 yo era una joven arriesgada que hacía malabarismos verbales y que componía extraños poemas que publicaba en la revista de la Universidad. Me creía más vanguardista que los vanguardistas más osados, los de los años 20, cuando Tristan Tzara jugueteaba con las palabras para *épater le bourgeois* y André Breton se entregaba a raros experimentos de escritura automática que pretendían reflejar los oscuros rincones del inconsciente. Por la misma razón, me había hecho entonces vegetariana empedernida, simplemente por ir marcha atrás, a desmano, porque, en el fondo, no tenía convicción alguna ni me gobernaba ningún sólido argumento para ello.

Me abstenia de todo tipo de carne y sucedáneos: ni tortilla de patata ni un simple yogur, salvo cereales, legumbres, verduras y frutas. Podría decirse que era una auténtica *veganista* y *sensocentrista*, filosofías que llevaba hasta sus últimas consecuencias: ni siquiera usaba ropa o zapatos que procedieran de la explotación animal. Luego me daría cuenta de que lo mío era exclusivamente una pose de adolescente contestataria e inconformista y que mi entendimiento me había jugado una mala pasada. Sin embargo, aquello me dejó huella y aún hoy me siento comprometida con las ideas de los *sensocentristas*, que abogan por el respeto hacia todo ser sensitivo y rechazan la visión ególatra impuesta por el *homo sapiens*.

Cuando volví a la carne, ya estaba, en cambio, saciada de carne humana. Quiero decir, groseramente hablando, de hombres. Me ayudaban mi indudable atractivo físico y mi absoluta falta de ceremonial amoroso, condiciones que encandilaban a la mayor parte de mis compañeros. A tanto llegó mi hambruna en aquel tiempo que no había semana que no me comiera mi buena ración de entrecot o solomillo. Si ahora me expreso así —con esta descarnadura y falta de delicadeza o elegancia— no es porque no pueda hacerlo con más decoro estético, sino porque, para que se me valore mejor, trato de acercarme lo más posible a mis formas más prosaicas de entonces.

Nunca llegué a enamorarme, pero muchos sufrieron, por mi causa, de amores lánguidos y vaporosos. Hubo lágrimas, suspiros, versos convalecientes, reproches y arrebatos que me conmovieron en su justa medida, sin que lograran que me sobresaltase jamás a causa de aquellos desbordes montunos de eterno romanticismo.

Una tarde se montó un buen escándalo. Había ido a recalar, junto a un atildado poeta seguidor de la estética novísima, a un sucio cuchitril de la calle Antonio Toledano, muy cerca de mi casa. Me encontraba ya en el penúltimo año de Filología clásica, y andaba a vueltas entonces con el latín vulgar, lo que se dice el *sermo vulgaris*.

Mi acompañante era un singularísimo espécimen que, en una semana y media que llevábamos de trato, me había compuesto ya seis o siete poemas plagados de *Venecias*, *Tiffanys* y *Beverlys Hills*. Siempre, bajo el brazo, y como una reliquia de los 70, portaba, ajada y manoseada, la célebre antología poética de José María Castellet, pasándose las horas muertas entre *Montalbanes*, *Sarriones*, *Paneros*, *Azúas* y *Gimferreres*. De este último, es decir, de Pere Gimferrer, cuyas gafas de pasta oscura eran casi tan anchas como la redondez de su cara, me recitaba aquello de «Llevan una rosa en el pecho los enamorados y suelen besarse entre un rumor de girasoles y hélices», que a mí, con el mucho sentimiento que ponía al recitarlos mientras entrecerraba los párpados en medio de un misticismo crepuscular, me producía una comezón de risa ligera que procuraba matar en las comisuras. ¡Pues no me venía a mí con esas extravagancias melifluas; a mí, que, vanguardista empedernida, escribía versos haciendo dibujos con las palabras y que no diciendo nada lo decía todo!

Aquella tarde de verano, ligeros de ropa como ya andábamos, brinqué a la cama del poeta, a su «lecho de rosas frescas» como él lo llamaba, que, en medio de su éxtasis, mientras me quitaba unas bragas azul celeste que no terminaban nunca de deslizárseme por las piernas, me seguía dando batalla con los versos del dichoso poema: «Estaré enamorado hasta la muerte y temblarán mis manos al coger tus manos y temblará mi voz cuando te acerques y te miraré a los ojos como si llorara». Entre estas finas literaturas, yo ya me estaba mordiéndole un lóbulo y acoplándome caliente entre sus piernas, que, aunque de flaca reciura, se apretaron con fuerza, a modo de lazo carnal, contra mis glúteos. Así se nos pasaron las horas enteras de la tarde estival, untados de sudor y lascivia, de versos novísimos como mantequilla, sin poner el pie fuera de su lecho de rosas frescas salvo para sembrar de orines un retrete tan sucio que había que mear en volandas.

Después empezó la función.

—Ahora eres mía y serás siempre mía y nada me separará de ti.

—¡Tú estás loco, Miguel!

—¿Por qué me dices eso?

—¿Qué quieres que te diga?

Comenzó a acariciarme el pelo y a deslizar su mano por mi nuca. Vi que sus ojos brillaban con lágrimas encendidas, como en el poema.

—¡Que me quieres!

—¡Ahora sí que estás loco!

Y empecé a reírme también como una loca, tomándome a broma sus palabras, creyéndome que el sexo se le había subido al cerebro y le había inflamado y congestionado las ideas.

—Me gustas —me aseguró muy serio—. *Je t'aime, ma petite.*

Su acento de estudiante de Filología francesa me conmovió. Su pronunciación, cuajada de sentimiento, me pareció un murmullo de hojas en la inmensidad de un bosque.

Titubeé un instante, porque me sentí tocada por la frase, aunque me recompose de inmediato. Quizá ese candor y su misterio eran los que me habían llevado a su casa en esa tarde.

—Miguel, déjate ya de estupideces.

—¿Estupideces? —casi gritó a la vez que me empujaba con fuerza. Me hizo daño en un hombro. Y me hizo daño más adentro.

No me esperaba esa reacción y menos que, acto seguido, se pusiera a llorar como un payaso de circo. No pude soportarlo y me levanté apresurada.

—¡Me voy, Miguel! Creo que me has interpretado mal. ¡Yo no he venido a esto!

Busqué mis bragas por el suelo, que encontré llenas de pelusa y polvo. Me las guardé en un bolsillo de los tejanos y, tras embutírmelos en las piernas, me puse la blusa. Miguel, desnudo en su lecho de rosas frescas, no se movía. Quizá aguardaba un

gesto de compasión por mi parte, un gesto de bondad del verdugo hacia la víctima. Yo me conocía bien estas estratagemas sentimentales.

Sin embargo, cuando se percató de que me dirigía hacia la puerta, aún con la blusa a medio abrochar, se levantó con rapidez de tigre y se interpuso en mi camino.

—¿Es que te vas?

Estaba desnudo frente a mí, echándome el aliento a la cara igual que me echaba recriminaciones.

—¡Déjame pasar! —le dije muy solemne.

—¿No te gusto como soy? ¿No he sido cariñoso? ¿No te gustan mis versos?

Indudablemente, no comprendía nada.

—No he hecho bien en acostarme con un tipo tan raro como tú.

Tal vez no debí hablarle así, porque la frase lo desbocó. Como pude, abrí la puerta y salí al descansillo. Él, detrás, en su desnudez, se plantó en la escalera llamándome zorra y puta y perra, rabioso y humeante, con ojos acuosos e hirientes, persiguiéndome en cueros vivos desde la cuarta planta hasta el piso bajo mientras varios vecinos, desde sus puertas entornadas, seguían el teatro del absurdo que allí se acababa de montar. Ni Ionesco hubiera podido idear mejor escena.

Sofocada y nerviosa, atravesé el portal y me perdí en la calle.

Ya en el campus de la Universidad, volvió a acercárseme muchas veces. Yo lo recibía siempre de mala gana, excusando prisa, con palabras frías de indiferencia. Un día me entregó uno de sus poemas, atestado seguramente de equilibrios de funámbulo. «Es para ti», me dijo. «¿Para mí?», fingí sorpresa. «¡Sí!». «Quiero que te olvides de todo esto», lo miré fijamente a los ojos. «Perdóname». «¿Después de llamarme puta?». «Estaba fuera de mí. Compréndelo, me sentí despreciado». No le cogí el poema, ni le seguí la conversación, ni siquiera lo miré a la cara. Aligeré el paso y le rogué que me dejara en paz para siempre.

Desde entonces no se atrevió a aproximarse, pero lo observé en muchas ocasiones rondándome de tapadillo: cerca de una columna en la cafetería, en un pasillo entre los cambios de clase, en el vagón contiguo del metro, en la esquina de un edificio... Llegó a hacerse incluso el encontradizo, pero mis pupilas, en esos casos, lo empapaban a conciencia de azufre: ni un qué tal ni un hola, nada de nada. Pasividad glacial e indiferencia.

«¿Quién es ése? Lo he visto no sé ya cuántas veces... y parece que te mira», me preguntó un día Félix Rojas, al que llamábamos «Napoleón», un estudiante de Historia que hacía una tesina sobre la Revolución francesa y que se había convertido en mi nuevo acompañante. No sé por qué, pero, desde entonces, no me encontré ya más a Miguel alrededor de mi circunferencia.

Al pasar ahora las hojas del álbum, cientos de imágenes siguen sorprendiéndome. Pero mis pupilas se detienen sobre dos fotografías de mi niñez que me hizo mi padre y que no recordaba. Entre ambas hay por lo menos un año de diferencia, aunque en las dos, detrás de mí, observo ese viejo cofrecillo cuya vista me sobresalta. Es alargado, de tapa curva, negro, con herrajes dorados y varios discos de nácar embutidos en la madera. Es el mismo en cuyo interior se oculta ahora el sobre que he recibido esta mañana.

Han transcurrido casi cincuenta años y se mantiene intacto, idéntico a la imagen que percibo en la fotografía. Ese contraste me produce un repentino escalofrío.

A la vez, presiento que mi vida va a sufrir una transformación.

He de reconocer que me conmueve el pasado; por eso, sin duda, soy coleccionista de fotografías antiguas. Tengo cientos de ellas en álbumes, en cajas de cartón, entre libros, en internet, colgadas de las paredes... Acaban de sorprenderme, no sé por qué, mientras observo el cofrecillo sobre la mesa. Lo tomo entre mis manos y me decido por fin a levantar la tapa.

La abro despacio.

La valentía y el ímpetu de aquellos años retroceden ahora ante la vista de las tres iniciales del remite. No he conseguido sobreponerme a su hallazgo. Y lo más curioso es que, desde esta mañana, no he tenido la suficiente decisión para rasgar el papel de este sobre inesperado. Me pregunto si es el miedo o el regodeo emocional de prolongar esta insólita situación.

Lo saco del interior del cofre. Observo con parsimonia cada detalle. Me detengo en la caligrafía. Sopeso también el grosor y palpó su contenido. Noto que dentro hay varios papeles.

Cojo entonces una espada de miniatura —abrecartas ocasional— y me decido a abrirlo. Siento que el pulso se me acelera y que una fuerza invisible me retiene.

Abandono el intento.

Dejo el sobre encima de la mesa. Hago lo mismo con el cofrecillo.

Mi pensamiento vuelve a enredarse entre los recuerdos.

Me he pasado casi todo el día entre antiguas imágenes, rebuscando, entre cientos de fotografías, aquélla que una tarde del mes de marzo tuvo el poder suficiente para alterar mi existencia. ¿Dónde la guardé? ¿Qué hice con ella? ¿La sigo conservando?

A veces sucede que aquello que nos resulta muy valioso, y que depositamos en un lugar reservado u oculto, cuando transcurre el tiempo no recordamos el maldito sitio en el que lo pusimos.

Pero tengo que encontrarla...

Y, entretanto, observo el sobre de reojo.



## 2

Detrás había libros.

Sí, aún me acuerdo. Algunos títulos se distinguían sobre el lomo. La mayoría estaban borrosos. Eran libros viejos, en desuso, abandonados a su suerte. Tenían letras doradas y unas cubiertas grises, marrones y verdes.

En primer plano se encontraba él.

Mi memoria me devuelve ahora la fotografía como si la tuviera delante:

Su sonrisa se extiende como un río abierto. Mira profundamente, como si excavara la tierra o plantara cenizas. El cabello se le abre en racimos oscuros partidos por una raya. Los labios se hallan en sazón de pronunciar alguna palabra. Viste una camisa oscura, con el cuello sin abrochar, algo levantado, lo que le confiere al rostro un aire de transparencia.

Toda la imagen desprende un halo de sueños imposibles.

Sí, detrás hay libros.

Cuando terminé mis estudios en la Universidad, ya sabía entender y traducir a los clásicos con primor de experta. Siempre he sido una magnífica estudiante. A veces, me hablaban los poetas al oído y tiraban de mis huesos los argonautas. Entre pausas líricas y la búsqueda del vellocino de oro se me han ido escapando los años.